

Memoria segoviana de la revolución comunera

“Muy injusto sería que Segovia envíe sus paños para enriquecer las ferias de Medina y Medina envíe su munición y artillería para destruir los muros de Segovia”. Con este requerimiento segoviano, atendido por los medineses, ambas ciudades quedaron hermanadas para la historia en uno de los episodios más valerosos y poco conocidos de la Guerra de las Comunidades



En la imagen, Medina del Campo es arrasada por las tropas imperiales. Ilustraciones de José Ramón Almeida, cedidas por el Centro de Interpretación de Torrelobatón

El éxito de la serie televisiva 'Isabel' ha puesto de moda el interés por una época crucial de la historia de España y por unos acontecimientos cuyo desarrollo tuvo como escenario buena parte del actual territorio castellano-leonés. Pero, si bien es cierto el equilibrio logrado por los Reyes Católicos en sus estados, no es menos cierto que este se quiebra a principios del siglo XVI, primero con la muerte en 1504 de la reina, la posterior crisis dinástica después y la llegada como monarca de su nieto, Carlos de Gante, considerado extranjero por sus súbditos.

Lo que comenzó en Castilla como malestar generalizado ante el mal gobierno de los consejeros flamencos venidos con el rey, agravado por su elección a la dignidad imperial y el inicio de una política exterior contraria a las tradiciones castellanas que despertaron en amplios sectores sociales el temor a que Castilla fuese sacrificada a intereses ajenos a los suyos; se canalizó en Toledo en el otoño de 1519, explotó violentamente en Segovia en mayo de 1520, se extendió como reguero de pólvora por villas y ciudades y acabó tristemente en Villalar en abril del año siguiente; dejó secuelas, cicatrices y amargos recuerdos en la sociedad castellana, marcada desde entonces por tales acontecimientos.

La revuelta se canalizó en Toledo en el otoño de 1519 y explotó violentamente en Segovia en mayo de 1520

La Revolución de las Comunidades de Castilla convulsiónó las tierras de la meseta castellana a ambos lados de la Cordillera Central y solo falta un lustro para que se cumpla el quinto centenario de su inicio. Parece, pues, momento propicio para recordar aquellos hechos y buscar las huellas que aún conserva de ellos la ciudad de Segovia.

Los primeros y más violentos incidentes

“Fue Segovia el escenario de los primeros y más violentos incidentes”, afirma el historiador y Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2014, Joseph Pérez, pues la ciudad jugó un papel esencial en el inicio de la revuelta y su posterior desarrollo para convertirse en revolución.

“Quizá nada hubiera sucedido sin la airada reacción de un funcionario subalterno, Hernán López Melón...”

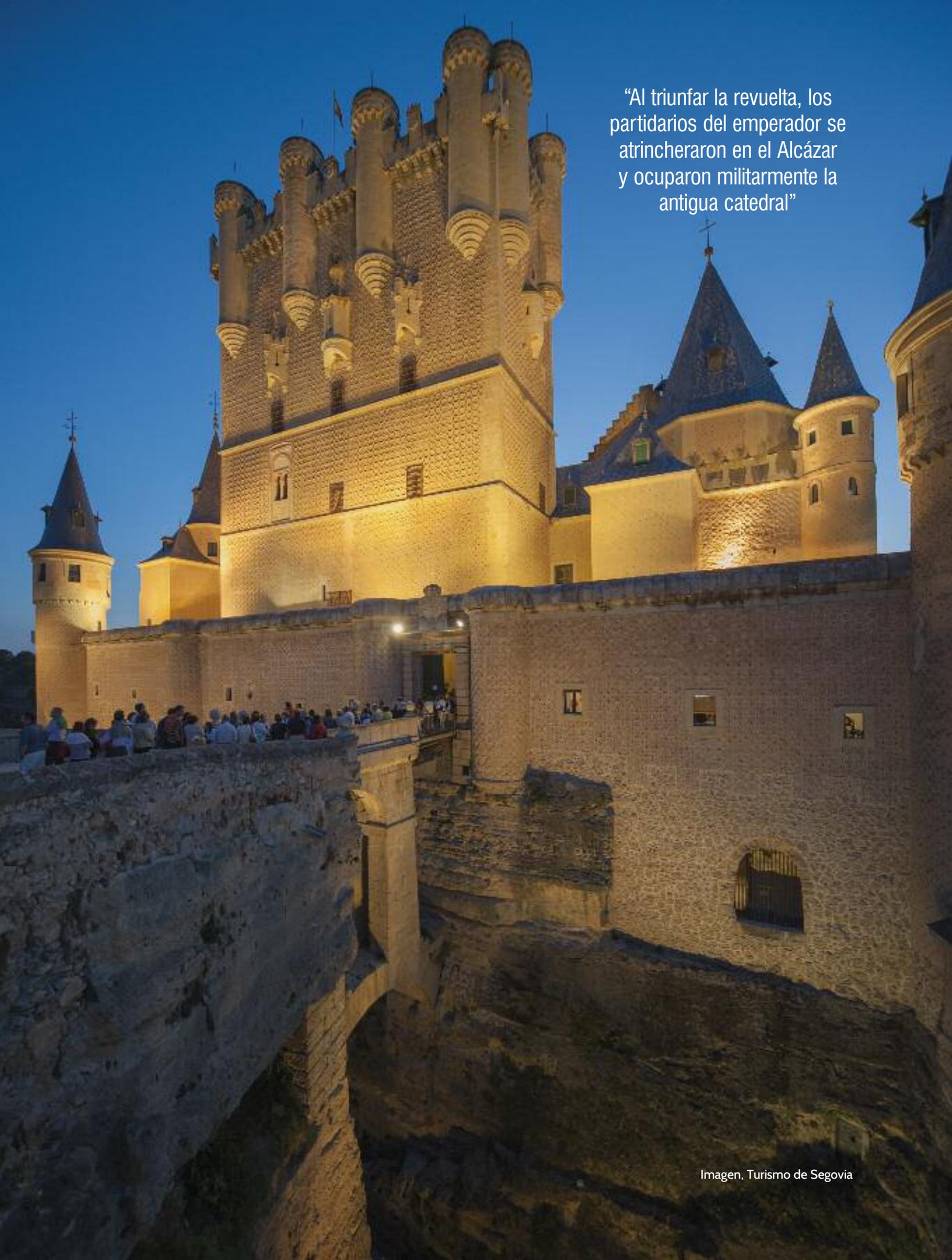
Silueta de Juan Bravo, capitán de los comuneros segovianos.

La reunión de las Cortes de Castilla en La Coruña en abril de 1520 se inició con la manifiesta oposición de numerosos procuradores a los impuestos con los que el rey pretendía lograr el dinero necesario para los cuantiosos gastos derivados de su elección imperial. Pero a fuerza de amenazas, chantajes y, sobre todo, cuantiosos sobornos a los diputados que cambiasen de actitud, el rey logró lo que se proponía.

El 29 de mayo, Pascua del Espíritu Santo, tenía lugar en la iglesia del Corpus Christi de Segovia la reunión anual de los cuadrilleros encargados de recaudar los impuestos locales, pero el tema de conversación no era otro que los acontecimientos de La Coruña y la marcha del rey, lo que dio pie a las duras acusaciones que algunos lanzaron contra los representantes del poder real, el corregidor y sus colaboradores. Quizá nada hubiera sucedido sin la airada reacción de un funcionario subalterno, el viejo **c o r c h e t e**
H e r n á n
L ó p e z
M e l ó n,



“Al triunfar la revuelta, los partidarios del emperador se atrincheraron en el Alcázar y ocuparon militarmente la antigua catedral”





Uno de los linchamientos protagonizados por los airados vecinos de Segovia.

reprochando sus críticas a los acusadores contra los que lanzó veladas amenazas. La reacción fue fulminante: le sacaron fuera a gritos de muera, traidor y enemigo del bien común, le arrastraron a las afueras hasta las inmediaciones de la ermita de la Cruz del Mercado, donde llegó una multitud de más de dos mil personas, y le colgaron -aunque ya muerto a causa de los golpes- de una improvisada horca que levantaron con madera de Balsaín que allí se apilaba (escribimos Balsaín con 'b', tal como aparece en numerosa documentación antigua y abundante bibliografía).

Al regresar, los autores del linchamiento cruzaron unas palabras en el Azoguejo con otro corchete, Roque Portal, que portaba papel y pluma y parecía anotar los nombres de los participantes. Las turbas enfurecidas le dieron el mismo triste fin que a su compañero, junto al que lo golgaron por los pies.

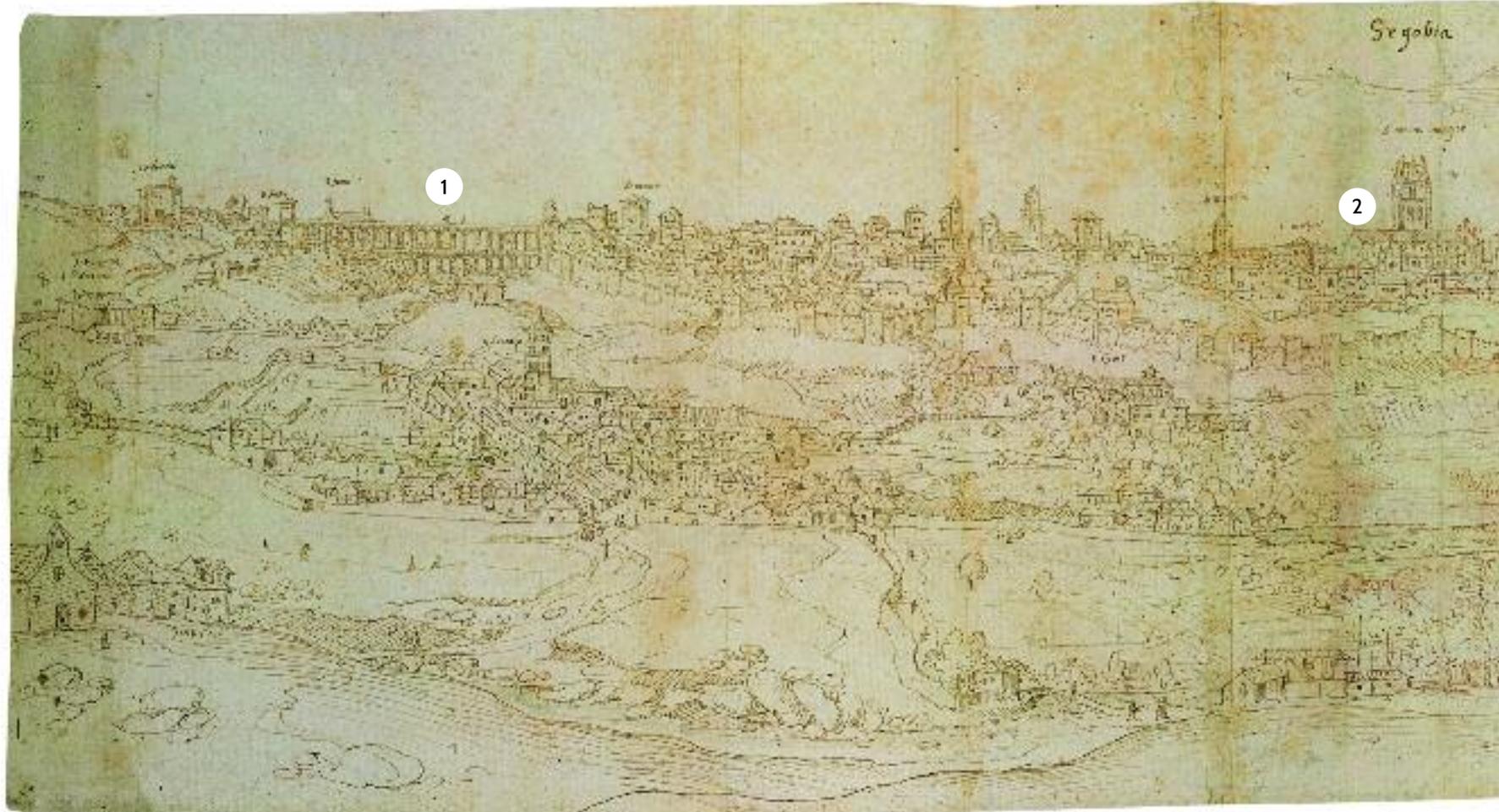
Al día siguiente, 30 de mayo, Rodrigo de Tordesillas, procurador de la ciudad y tierra que acababa de regresar de La Coruña, se presentó en el atrio de San Miguel, lugar de reunión del Ayuntamiento de la ciudad, para dar cuenta de su actuación. No acudió el otro procurador, Juan Sánchez, que temiendo la reacción popular acudió directamente a su localidad de El Espinar. La muchedumbre agolpada no quiso escucharle y le exigió cuentas, pues era del dominio público que había recibido

El procurador Rodrigo de Tordesillas fue arrastrado por la turba y murió antes de llegar a la cárcel

trescientos ducados y un oficio de la Casa de la Moneda por cambiar su voto a favor del servicio solicitado por el rey. Le arrastraron con una soga al cuello hacia la cárcel pero, al morir antes de llegar, acabó colgado por los pies junto a los dos del día anterior, "donde estuvieron algunos días sin que alguno se atreviese a sepultarlos aun de noche".

La llama que hizo prender la revolución por toda Castilla

Aquellos sangrientos sucesos fueron el primer paso de una escalada de violencia de consecuencias imprevisibles. El Consejo Real mandó que el feroz Rodrigo Ronquillo, alcalde de casa y corte, con una tropa de mil jinetes ("mucho aparato para justicia y poco para guerra") fuera de inmediato contra Segovia para hacer sentir a sus gentes el implacable peso de la ley. Ronquillo no consiguió entrar en la ciudad,

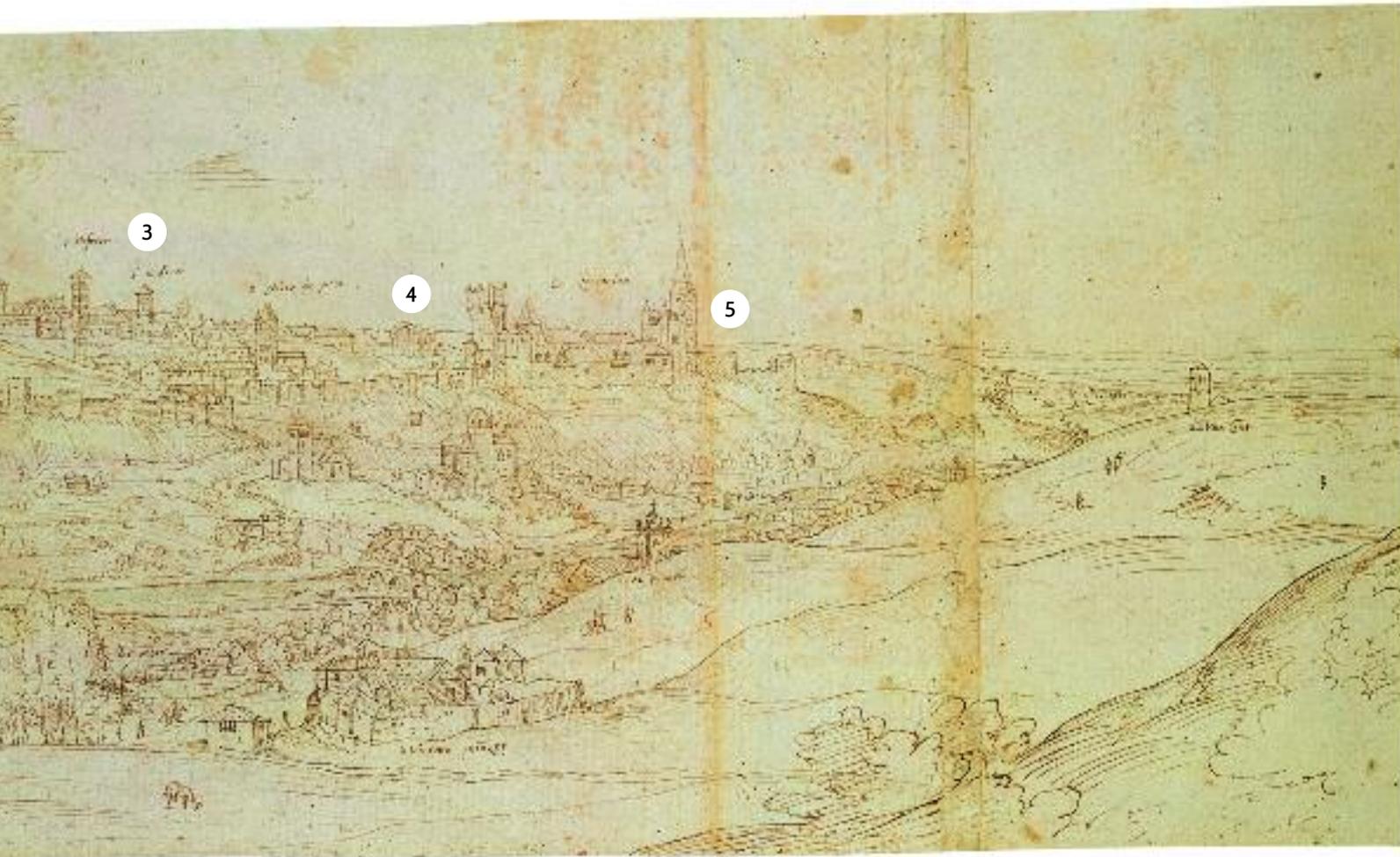


Vista general de Segovia, de Anton van den Wyngaerde, elaborado en 1562 por encargo de Felipe II y conservado en el Ashmolean Museum de Oxford. Se pueden contemplar el acueducto (1), la catedral nueva (2) en plena construcción (le faltan la cabecera y el remate de la torre), San Esteban (3), la antigua catedral de Santa María (4), cubierta con una bóveda de medio punto y sin señalización alguna, y el Alcázar (5).



A la izquierda, escudo del obispo don Diego de Ribera, en el exterior de la catedral. A la derecha, la imagen gótica de la Virgen, obra de Sebastián de Almonacid y situada en la Puerta del Perdón procedente del templo románico. Abajo a la izquierda, la casa de los Buitrago, de la que en represalia se borró el escudo familiar. A la derecha, la niebla envuelve al alcázar, como un recuerdo de la batalla que padeció la ciudad.





merodeó por aldeas cercanas inflamando resistencias, pero temiendo el auxilio de Juan de Padilla desde Toledo, se retiró a su patria de Arévalo. Con Alonso de Fonseca, señor de Coca, fue a Medina del Campo para apoderarse de la artillería de La Mota con la que rendir a Segovia. Llegaron el 21 de agosto de 1520 y los medinenses se apostaron a la defensa. Cuatro días antes el Concejo de Segovia había enviado al de Medina una carta: “Los mercaderes de esta ciudad que están allá en la feria nos han escrito que estáis en duda si daréis o no la artillería. No la daréis. Porque muy injusto sería que Segovia envíe sus paños para enriquecer las ferias de Medina y Medina envíe su munición y artillería para destruir los muros de Segovia; y de la destrucción de Segovia ved

“Medina el Campo quedó arrasada por el fuego pero no entregó cañones ni munición”

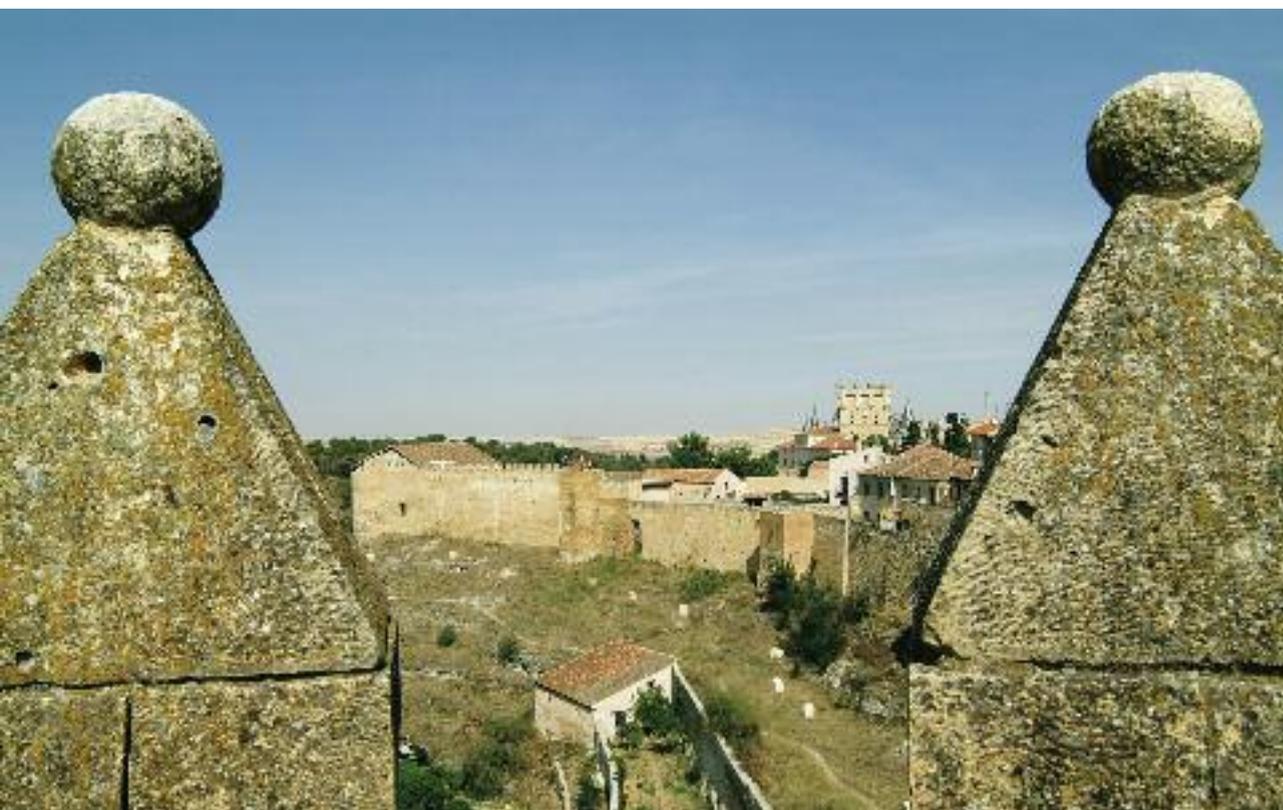
qué puede ganar Medina. Porque vuestras ferias no se hacen de caballeros tiranos, sino de mercaderes solícitos”.

Ronquillo provocó un incendio para forzar a la población a atajar el fuego abandonando la oposición, todo fue inútil. Medina quedó arrasada por el fuego pero no entregó cañones ni munición. Aquella sería la llama que hizo prender la revolución por toda Castilla.

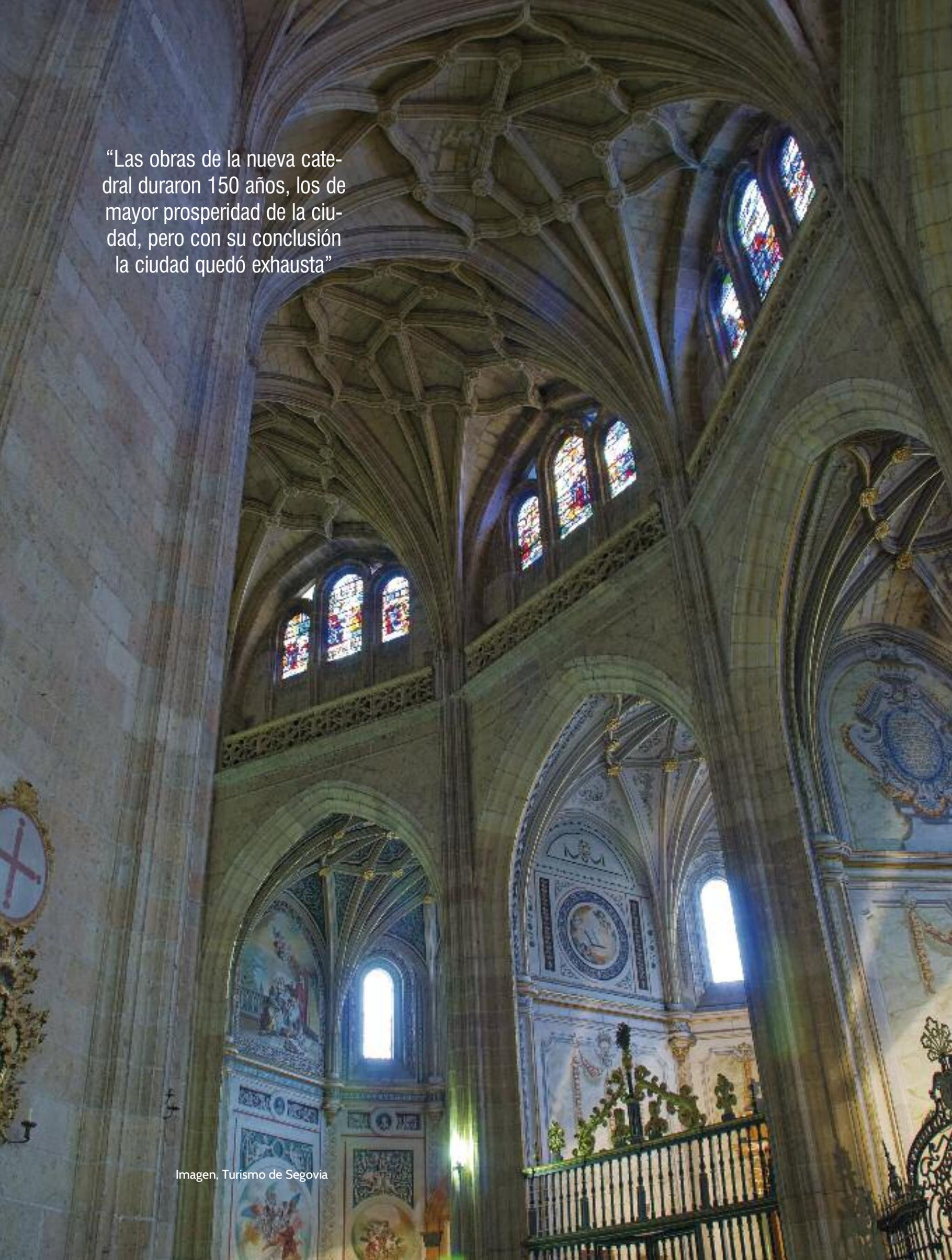
Ruina de la Catedral de Santa María

Mientras, en Segovia se extendió la sublevación a la vez que los partidarios del emperador se atrincheraron en el Alcázar, ocuparon militarmente la antigua catedral románica, situada ante la fortaleza, expulsando al deán y cabildo. Los comuneros trataban de entrar en el templo para, desde allí, asediar la fortaleza, luchando en su interior cuerpo a cuerpo.

Muralla defensiva sobre el río Clamores. Al fondo, el Alcázar.



“Las obras de la nueva catedral duraron 150 años, los de mayor prosperidad de la ciudad, pero con su conclusión la ciudad quedó exhausta”





“Del lugar donde se levanta la estatua pocos segovianos y muchos menos turistas saben su nombre: Plaza de Medina del Campo”

Una vez tomada la catedral siguió la lucha seis meses: los realistas disponían de artillería y los comuneros solo de arcabuces, llegando a levantar laudes, desmontar rejas y la sillería del coro, y usarlas como barricadas.

La fábrica del templo sufrió graves daños, pero no hasta el punto de impedir su reconstrucción. La revuelta dejó patente la inconveniencia de la proximidad de Alcázar y Catedral, lo que sirvió al emperador para desembarazarse de su incómoda vecina: por cédula de 28 de agosto de 1523 ordenó su traslado a otro punto de la ciudad. El cabildo se había trasladado al convento de Santa Clara y en su iglesia habían mantenido la continuidad del culto, así pues compraron el convento y las más de cien casas entre Santa Clara, Almuzara y calle Mayor, necesarias para levantar la nueva fábrica.

El emperador apareció como gran benefactor de la obra, ofreciendo mucho (más de siete mil ducados) pero pagando poco: el cabildo solo consiguió completar el pago de 4.000 ducados en 1544 y se gastó más de 90.000 maravedís en

Juan Bravo preside la Plaza de Medina del Campo (fotografía, Ricardo Ortega). Abajo, una de las salas del Alcázar.





Violento bombardeo por parte de las tropas de Carlos I.

intentar en vano cobrar el resto. El 24 de mayo de 1525, el obispo don Diego de Ribera procedió a la ceremonia de apertura de cimientos. Se hizo por el hastial de poniente, a los pies, y no por la cabecera como era habitual. El acto de colocación de la primera piedra supuso la reconciliación del emperador con la ciudad y, dentro de esta, la reconciliación entre sus vecinos enfrentados en ambos bandos. El obispo concedió perdón general a cuantos contribuyeron a la ruina del viejo templo, por ello la puerta que se abre en el lugar, que comunica la nave principal y el enlosado, se conoce como Puerta del Perdón.

Las obras duraron 150 años, los de mayor prosperidad económica de la ciudad y los de mayor interés historiográfico, pero parece que con su conclusión la ciudad quedó exhausta, tanto económica como poblacionalmente, permaneciendo en un letargo del que no comenzaría a remontar hasta bien entrado el siglo XX.

Pocos años después de la derrota de Villalar, Segovia parecía haber extendido un tupido velo sobre la revuelta comunera. Al principio la memoria de los represaliados permanecía grabada en la piedra de los escudos picados de las que fueran sus casas, que aún hoy se muestran al viandante, como la de los hermanos Antonio y Pedro de Buitrago, que sirvieron a las órdenes de Juan Bravo, que muestra noble fachada de finales del siglo XV,

Una vez tomada la vieja catedral siguió la lucha seis meses; solo los realistas disponían de artillería

en la colación de Santa Eulalia; o el de la casa de la familia Coronel, primer suegro de Juan Bravo, en la antigua judería.

Pero tales efectos tuvo el olvido forzoso que, cuando los liberales rescataron la memoria de los comuneros y erigieron la estatua en honor de Juan Bravo en 1920, cuarto centenario del comienzo de la revolución en Segovia, la situaron frente a la casa que fue solar de los Tordesillas, erróneamente identificada como la que habitase con su segunda mujer y sus suegros, que se situaba un poco más adelante en la misma calle, derribada a mediados del siglo pasado para levantar el hotel que hoy existe.

Medina del Campo y Segovia, hermanadas a sangre y fuego

Del lugar donde se levanta la estatua pocos segovianos y muchos menos turistas saben su nombre: Plaza de Medina del Campo. Una de las más bellas de Europa para el Marqués de Lozoya, solo comparable a la Plaza de España en



Segovia dé sus pinarés con que se repare Medina.”

El turista que llegue a la ciudad por el sureste puede hacer a pie la que podríamos denominar ‘Ruta Comunera’, pues primero se encontrará con la ermita del Mercado, junto a la que colgaron las víctimas de los linchamientos, desandaré el mismo trazado que siguieron sus autores, pasará junto a la estatua del caudillo comunero y lo que fuera el solar de su casa, puede entrar en la iglesia del Corpus, antigua sinagoga que el fuego destruyera a fines del siglo XIX y hoy se encuentra primorosamente restaurada, y llegará a la Plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba la iglesia de San Miguel, cuyo hundimiento en 1532 se aprovechó para trasladarla a su actual emplazamiento y conformar un espacio que permite la visión de la cabecera de la Catedral (‘la Dama de las Catedrales’): una de las postales segovianas más universalmente conocidas.

En su interior conserva bastantes recuerdos de la antigua catedral románica, siendo quizá el más espectacular el claustro que Juan Guas levantase a fines del siglo XV, desmontado, trasladado y reconstruido, según acuerdo del cabildo en fecha anterior al inicio del nuevo templo: junio de 1524. Alarde de la ingeniería que mereció los elogios de José María Cuadrado afirmando que: “...los medios no constan, pero en el día que de tantos en mecánica se dispone (1865), no se habría llevado a cabo la empresa con más prontitud y felicidad de la que logró Juan Campero.”

Jardines situados en el espacio donde se levantaba la catedral románica. Fotografía, Alberto Herreras

Roma, por sus desniveles escalonados. Segovia quiso mantener así la memoria de la entrega y la generosidad que la ciudad de las ferias tuvo con la suya, cuando aquel 21 de agosto de 1520 la sangre y el fuego las hermanaron perpetuamente y que se manifestó solo tres días después cuando la Comunidad de Segovia escribe al Concejo de Medina comunicándole emocionada el sentir por el incendio, afirmando que “...no fue otra la ocasión de su quema, sino porque no quiso dar el artillería para destruir a Segovia” y mostrando su solidaridad “...no puede ser cosa más justa que pues Medina fue ocasión que no se destruyese con el artillería (sic) Segovia, que

La catedral antigua fue mandada derribar, demostrada la inconveniencia de su cercanía al Alcázar